

son las que poseen muchos picos, etc. Ahora vais a ver fotografías de unas y otras.

En el tipo de enseñanza de que venimos hablando, la marcha es inversa: hacer surgir la idea general a partir de la observación de casos concretos. No se trata de inyectar ideas o de grabar imágenes en la mente de los chicos, sino de construir, de descubrir, entre todos, algo cada día.

Una clase activa de Geografía no es, pues, una lección de un manual, ni siquiera la del mejor manual, que es, casi siempre, una unidad convencional: un conjunto de definiciones y clasificaciones. Una clase, en cambio, es una unidad de actividad, entre otras cosas.

Es posible, por tanto, enseñar Geografía General y Geografía Universal a los doce años, pero con tres condiciones: que les sean presentadas

en forma de nociones; que éstas, a su vez, se apoyen cuanto sea posible en la observación de hechos concretos, y, finalmente, que se utilicen los métodos activos, es decir, que en las clases se asocie en un esfuerzo constante la actividad de los alumnos y el trabajo del profesor.

Pero las asignaturas de Geografía de primero y segundo no pueden asegurar más que una parte de la formación geográfica del futuro bachiller, ya que corresponden solamente a una etapa de su desarrollo intelectual. Para que la enseñanza geográfica adquiera toda su eficacia formativa es preciso llevarla a años sucesivos. Entonces los alumnos de segundo curso no se verían obligados a meterse en la cabeza en un solo año toda la Geografía General y toda la Universal, que hasta ahora siempre se habían cursado en años distintos.

# Horizonte

## LA NOVELA CONTEMPORANEA

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Tal vez uno de los conceptos más difíciles de determinar, en relación con la literatura, sea la contemporaneidad que, en realidad, se ha dilatado monstruosamente y todavía habrá de dilatarse mucho más si no se acuerda universalmente una más expresiva distribución cronológica. Contemporáneos en la literatura, con arreglo a este sistema, son Galdós, y Carmen Laforet, y Pereda, y Zunzunegui, por ejemplo, cuando la verdad es que hay entre unos y otros varias generaciones españolas en que las transformaciones ideológicas y literarias han sido fundamentales y decisivas. Sería mucho más exacto, ya que por ahora es imposible prescindir de esta nomenclatura arbitraria adoptada mundialmente, considerar como contemporáneo—pese a la desarticulación semántica implantada a la palabra el período que partiendo de 1898 y 1900 llega hasta nuestro Movimiento Nacional y designar a la producción literaria que ha ido apareciendo desde éste como literatura actual, lo cual permite una más justa perspectiva histórica.

No obstante, adoptando el viejo y convencional criterio, consideraremos como a novela contemporánea la que ha ido apareciendo desde finales del siglo XIX al actual momento.

No es difícil, una vez adoptado este criterio, señalar en ella unas claras etapas de evolución.

Cuando termina el siglo ha llegado a su apogeo el renacimiento de la novela española en el

siglo XIX, análogo a otros de Europa y especialmente al de Francia—Daudet, Flaubert, los Goncourt, etc.—, cuyas afinidades y discrepancias con el nuestro son muy expresivas. En torno al tipo de novela creada por Pérez Galdós van apareciendo novelistas que, como él, se afincan en un realismo tradicional que sirve de expresión a un tipo novelesco donde entran dosificados, según proporciones determinadas, con mayor o menor acierto por cada autor, diversos elementos que podemos agrupar de esta suerte y que adquieren mutuas preponderancias conforme los temas y períodos: el relato directo del autor, de raigambre la más antigua que va siendo sustituido gradualmente por los otros, las descripciones de paisajes, vida, ciudades, monumentos, seres, que van adquiriendo gradual importancia en las noveals llamadas de costumbres—iniciadas por *Fernán Caballero*—regionales—Pereda, Alarcón, Valera, Palacio Valdés, Blasco Ibáñez, Pardo Bazán—de la sociedad de las grandes ciudades con predilección hacia Madrid—los propios Pereda, Alarcón, Pardo Bazán, Coloma, Palacio Valdés—o de tesis en que la interpretación psicológica de los personajes y los problemas que plantean son tema esencial; las reflexiones que el autor mismo hace sobre los acontecimientos confidencialmente al lector que, aunque de rancia ascendencia, va desapareciendo poco a poco en cada autor conforme depura

su técnica novelística; el diálogo que establece entre los personajes y da flexibilidad a la narración si no se abusa de él de tal modo que acerca ésta a la creación dramática y nos aparta a los personajes de sus planos novelísticos.

La novela novecentista que, diferencia de la anterior, de acción viva y continua, la remansa hasta hacer a veces que se pierda, como en *Azorín*, da al realismo, por la difusión que hace de ella Pardo Bazán, una técnica naturalista, derivada de la novela francesa, que, pese a las oposiciones de Valera, ensambla perfectamente con aquél y solamente influye en sus tendencias estéticas, no ideológicas.

En la novela novecentista, que ocupa los comienzos de este siglo, las antiguas descripciones movidas, vitales, a la manera de Galdós, de Pereda, de Alarcón, que hace más prolijas el naturalismo, se paralizan con la técnica azoriniana en enumeraciones ordenadas que llegan a verdaderos inventarios, cuando no se convierten en vigorosos rasgos impresionistas como en un Baroja, en delicadas pinturas plásticas y musicales como en Valle Inclán, o se pierden casi en absoluto como en los nuevos vivificadores de la novela decimonónica como en un Díaz Caneja y, sobre todo, un Aguilar Catena.

En este período, el relato directo del autor y sus disquisiciones se funden a veces con lo introspectivo psicológico y el diálogo se ciñe exclusivamente, en los mejores novelistas, a expresar aquello de imposible narración.

Dos elementos importantes vienen a interferir esto en la novela de comienzos de siglo: la expresión de las sensaciones múltiples, asociadas de mil maneras con un metaforismo de singular audacia en muchos casos, de que puede ser ejemplo Gabriel Miró, y constituye el gran descubrimiento del Modernismo y las interpolaciones eruditas, filosóficas, científicas, truncando el relato que da lugar a la llamada arbitrariamente "novela intelectual" a la que dio impulso máximo Ramón Pérez de Ayala.

En el período siguiente, que se extiende hasta la primera Guerra Europea de 1914, en el cual se disgrega, por diversísimos meandros, el movimiento modernista, la novela destaca una serie de aspectos que, en parte, proceden de la novela anterior y, en parte, son suyos.

Concha Espina, la extraordinaria novelista, es quizá la más significativa de este período en lo que tiene de conseguir una equilibrada arquitectura novelesca, en la narración de temas diversísimos en los que hay que señalar, como impulsados por ella, el regionalismo social y casi científico de *La Esfinge Maragata* o la valiente lucha por la reivindicación de los derechos del trabajador español, frente a la explotación extranjera, de su magistral novela *El metal de los muertos*.

En Ricardo León, si bien es cierto que destaca en los comienzos de su obra como un nove-

lista cuidado, imaginativo, de fina sensibilidad, enamorado, como si pusiera en marcha el mundo de *Azorín*, de la recreación de nuestro gran siglo, incluso hasta en el arcaísmo de su opulento lenguaje—*Casta de Hidalgos, El amor de los amores*—, también es cierto que el más intenso período de producción le presenta como el novelista más en vanguardia, aunque para muchos sea ignorado, que crea la vigorosa novela *Los centauros*, que aún supera en técnica con *Jaula y Varón de deseos*, las dos más arrogantes sátiras lanzadas contra la sociedad de su tiempo, hasta deslumbrarnos realmente, por su clarividencia casi profética, en *Los trabajadores de la muerte y Cristo en los Infiernos*.

Otros novelistas de este período son los continuadores del tipo de novela más o menos costumbrista, que tiene como trama lo erótico, cuya preponderancia acaba por ser absoluta y adopta como expresión un realismo francamente naturalista, más que derivado de la Pardo Bazán, en su interpretación católica, directamente de Zola, incluso con algunas de sus reminiscencias ideológicas y una poderosa influencia de la estética modernista. Tal vez el más logrado de estos autores, aunque unilateral hasta el cansancio, sea Felipe Trigo, y acaso el que alcanza mayor hondura poética y más logrado valor novelístico sea José Francés con *La raíz flotante* y al cual no superan ni Alberto Insúa, buen narrador, con *El negro que tenía el alma blanca*, y, mucho menos, un Pedro Mata, vulgar, acursilado, lindante ya con la pornografía, que domina buena parte de la novela de esta época.

La nueva novela, como toda la literatura de nuestro tiempo, arranca de Ramón Gómez de la Serna, que, señero, impávido, atravesando, desde comienzos de siglo, el mundo literario que le rodea, lo supera con la valoración de los ismos que van apareciendo, desde la guerra del 14, hasta nuestro Movimiento Nacional, y descubre las nuevas expresiones literarias.

Su creación de la *greguería* permite un lenguaje novelístico tan rápido como expresivo, que aporta un profundo fondo poético y así depura y renueva la técnica de la novela en la mayoría de las suyas, como *El novelista, El secreto del acueducto, La Nardo*, y echa los cimientos de la novela abstracta que ha conseguido plenamente en *El hombre perdido*, la "novela de la nebulosa", y sugiere, en lo fundamental, la novela, de abstracción también, a que llega el arte de Benjamín Jarnés con *El profesor inútil y Locura y muerte de nadie*.

Tan diversas tendencias y significados, como he ido subrayando rápidamente hasta este punto, quedaron contenidos al advenir el Movimiento Nacional para, concluida la guerra, cristalizar con mayor impulso, en los nuevos novelistas y enriquecerse con la aportación de éstos, unas veces renovada sobre antiguos temas y otras innovadora realmente. Zunzunegui, dándonos ya

una completa novela en que lo humorístico, lo costumbrista, lo social, lo erótico, no se convierten en un elemento predominante, sino en los integrantes de un concepto novelesco; Ledesma Miranda, penetrando en las almas de sus personajes en delicadísimas operaciones psicológicas, sin limitarse al estrecho círculo de la novela de tesis, representan bien este sector en que la tradicional novela española ha adquirido valores y formas de nuestra época. Camilo José Cela, más cerca de ella que de la de ahora, ha sabido dar vida a Pascual Duarte, hombre de este instante,

que ha inquietado también la mente de Albert Camus. Carmen Laforet, siguiendo la antiquísima pauta de la interpretación del individuo en el ambiente familiar, ha creado con *Nada* una novela profundamente original. Luis Romero, en *La noria*, ha aportado a la novela, junto con sus méritos esenciales, la interpretación del subconsciente como nuevo elemento narrativo. Elena Quiroga se ha complacido en vencer dificultades técnicas en sus novelas. Y así podríamos decir de cada uno de los principales novelistas de ahora.

# Guiones de trabajo escolar

## Educación física

Por RAFAEL CHAVES

### LA EDUCACION FISICA ESCOLAR

En este año aparecerá la segunda edición del Manual Escolar de Educación Física del Frente de Juventudes (agotada la primera en el mismo año de su publicación), totalmente reformado y dirigido a los escolares menores de catorce años (Enseñanza Primaria y Media). Nos cabe la satisfacción de señalar que contrastado nuestro plan escolar de Educación Física con los existentes en otros países (expuestos en resumen en el Congreso Mundial de Educación Física celebrado en Roma durante los días 8, 9 y 10 de septiembre, por el Secretario General, profesor Seurin, de Francia), cubre los mismos objetivos que se han señalado como meta a alcanzar en el próximo curso; destacándose en aquel Congreso la importancia de la sesión mixta de Educación Física (ver "Plan General de Educación Física a aplicar en los Centros de Enseñanza", publicados por el Frente de Juventudes, Madrid, 1958). Al desarrollo amplio del plan se refiere el referido Manual, y deseamos que éste sea un eficaz colaborador en las tareas del Maestro.

También como noticia queremos señalar la aparición, proyectada para el primer trimestre de este curso, de los libros de texto en materia de Educación Física, que publica la Editorial Doncel del Frente de Juventudes, los cuales contestan en su totalidad al plan y programa oficial de Educación Física para el Magisterio.

En los trabajos prácticos que iremos publicando para este curso daremos, como final de los mismos, un resumen didáctico de aquellos puntos que consideremos de mayor difícil aplicación práctica, encaminado este resumen a conseguir el necesario desenvolvimiento del automatismo en movimientos coordinados que sean aplicados con finalidad de educación deportiva (preparación para los deportes); educación que es necesario conseguir por gradual des-

envolvimiento entre los diez y dieciocho años, tanto por lograr deportistas conscientes como por cubrir el fin más general (social) de preparar al individuo para que disponga de una aptitud física relativa, consecuente con cada período de la vida humana. En general, en la edad escolar (diez-catorce años), el enfoque de aplicación del plan es el de orientación deportiva, huyéndose de las especializaciones en exclusiva, no propias de estas edades en que tanto la personalidad como la afición, actitud, etc., son incipientes y extraordinariamente evolutivas. A partir de los quince a los dieciséis años se iniciará la selección por actividades deportivas afines para confirmar en la especialidad a partir de los dieciocho años.

Con este sistema de funcionamiento se lograrán los dos puntos propuestos respecto a la personalidad del deportista: de un lado, el especialista, a través de la debida orientación, y, de otro, el poliesportivo que practica el deporte por fin social y por el recreo que el mismo le produce, consiguiéndose también, a través de aquella orientación deportiva para el futuro de ambos, una pervivencia (aunque fuese con relatividad por estar sujeta a muchos factores) de la actitud conseguida a lo largo de la etapa educacional; dando por supuesto para ello el que, en el logro de aquella personalidad, se habrá despertado en el individuo un hábito por el quehacer deportivo que le haga, dentro de la limitación que impone la edad, tiempo profesional, etc., dedicar tiempo a la práctica deportiva de cualquiera de aquellas actividades que cursó en la época de su formación física. De esta forma, la Educación Física de hecho habrá servido al individuo, y éste, por mejor actitud, estará también en mejores condiciones de servicio a la comunidad a la que pertenece; entendido, por supuesto, esto es fundamental, que la rectoría del alma sobre el cuerpo es la condición *sine qua non* de la educación propuesta.